



La atracción de la pantalla

Diego Levis, Doctor en Comunicación y autor de “La pantalla ubicua” (Ciccus/La Crujía 1999) y de “Los videojuegos, un fenómeno de masas” (Paidós, 1997)

Internet va envolviendo nuestras vidas ante el entusiasmo de algunos, el desconcierto de otros y el temor y la desconfianza de quienes ven en la expansión de la red, y en su uso, amenazas de todo tipo. Surgen voces cualificadas que advierten del peligro de que Internet provoque nuevos tipos de adicción social, comparables al alcoholismo o a la ludopatía, la irrefrenable compulsión en la que caen algunos jugadores de juegos de azar.

El hecho de que miles de usuarios de Internet pasen muchas horas al día frente a la pantalla de su computadora consultando su email, buscando información sobre cualquier tema sin demasiada importancia para sus vidas, mirando páginas pornográficas, jugando en la red o participando en chats ha hecho que especialistas de diferentes países hayan empezado a preocuparse por el tema y, en ciertos casos, a prestar atención clínica a los afectados.

¿Pero cabe realmente hablar de una afección específica de Internet? ¿Existen muchas diferencias entre quien pasa diez horas por día navegando por la Web con el que está todo el día mirando televisión? Exceptuando la diferente actitud ante los aparatos -el primero tendiendo a la actividad y el segundo a la pasividad- ambos han sido atrapados por el brillo centelleante de una pantalla.

La pantalla, falsa ventana, que actúa como filtro entre nosotros y la realidad, como un biombo, que en demasiadas ocasiones, nos impide percibir lo que nos rodea. Acostumbrados a ver el mundo a través de una pantalla, cada vez nos cuesta más ver a nuestro lado, mirar a nuestros semejantes. En la pantalla, como si fuera el espejo de la bruja de Blancanieves, buscamos respuestas sobre aquello que somos y deseamos ser, sin darnos cuenta que lo que nos devuelve es una imagen deformante que sólo nos dice lo que creemos ser.

Nos conmueven los refugiados de todas las guerras y hambrunas que nos muestran las pantallas, pero le damos la espalda al sufrimiento que tenemos en nuestro entorno inmediato. Las pantallas nos asedian y nos atrapan, y hay a quienes les sirven de refugio ante una vida que les resulta poco atractiva y, a veces también, amenazante.

Horas frente al televisor viendo películas, noticieros, partidos de fútbol, telenovelas y muchos anuncios; horas ante la computadora jugando, chateando, buscando y generando información, mirando páginas webs, participando en foros de debate, escribiendo y leyendo e-mails; en todas partes, todos pasamos horas acompañados por la presencia luminosa de una pantalla. Pantallas en casa, pantallas en el trabajo, pantallas en la calle, en los bares, en los bancos, en el subte, en el coche y en el colectivo, pantallas de bolsillo en las agendas electrónicas, en las calculadoras, las pantallas nos seducen ocupando un espacio creciente de nuestro tiempo, de nuestras vidas.

Importa poco el medio, lo determinante, lo significativo es la atracción casi hipnótica que ejerce sobre nosotros una pantalla encendida. La pantalla acerca pero también separa. En Internet, poderoso medio de comunicación, esta paradoja implica el peligro de crear una ilusión de comunicación total que lleve al aislamiento en la compulsiva, conmovedora, búsqueda de algunos usuarios por estar siempre conectados, es decir comunicados. ¿Adicción?

Buenos Aires, 28 de mayo de 2000

Copyright © Diego Levis- 2000/2006



La versión digital de esta obra está licenciada bajo una Licencia [Creative Commons Atribución - NoComercial 2.5 Argentina](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/argentina/)